

## En la fiesta de los obreros

(Fragmento de un discurso)

Por sobre las críticas inspiradas en un orden de cosas momentáneo y transitorio, lanzamos una vez ciertos conceptos que seguimos juzgando exactos y oportunos en cualquier tiempo, acerca de los elementos que componen la verdadera fisonomía de las nacionalidades. Contemplando el desprecio con que suelen mirar algunos de nuestros hombres de estado, la educación popular, la poca estima que tienen por los empeños del arte y de la ciencia, manifestamos resueltamente que la gestión puramente administrativa llevada a cabo por nuestros engreídos directores, no contenta todas las aspiraciones de las modernas democracias. No basta que los gobiernos perciban los impuestos, nombren los empleados de los diversos ramos de la administración, vigilen los varios servicios de policía, justicia, etc., abran de cuando en cuando un camino, construyan uno que otro puente y mantengan abiertas las mismas escuelas. Es necesario que se impongan de una manera cierta y formal la tarea de crear un pueblo culto, vigoroso y capaz de servir los altísimos intereses del espíritu humano.

El fomento de los negocios agrícolas y comerciales no debe constituir todo el programa de un gobernante moderno. Ello es apenas una preparación inicial, un abono necesario, un cuidado indispensable si se quiere del terreno, donde han de crecer las floraciones magníficas de la cultura humana. O empleando otra comparación más gráfica todavía: el carbón con que se mantiene encendida la hornilla en que hierve la retorta divina del pensamiento.

«Herbert Spencer, leemos en un eminente escritor uruguayo, formulando con noble sinceridad su saludo a la democracia de América en un banquete de Nueva York, señalaba el

rasgo fundamental de la vida de los norteamericanos, en esa misma despertada inquietud que se manifiesta por la pasión infinita del trabajo y la porfía de la expansión material en todas sus formas. Y observaba después que, en tan exclusivo predominio de la actividad subordinada a los propósitos inmediatos de la utilidad, se revela una civilización, como tarea preliminar de una cultura, pero que urgía ya rectificar, puesto que tendía a convertir el trabajo utilitario en fin y objeto supremo de la vida, cuando él en ningún caso puede significar racionalmente sino la acumulación de los elementos propios para hacer posible el total y armonioso desenvolvimiento de nuestro ser».

En efecto, los Estados Unidos del Norte no habrían podido realizar el hermoso porvenir que auguraba el filósofo inglés, si sus ciudades hubieran seguido siendo únicamente inmensas factorías. Los millones extraídos de las grandes explotaciones mineras, el río de dólares en que se pactolizan los pastos de Kentucky y los granos de Ohio, tendrían hoy un empleo muy miserable si sólo sirvieran para mantener el lujo de unos cuantos millonarios. Pero por fortuna los Morgan y los Rockefeller no han pretendido monopolizar para la satisfacción de sus placeres y egoísmos la prodigiosa prosperidad yankee, y actualmente se levantan al lado de las usinas gigantes y de los enormes comercios, las universidades admirables donde enseñan los Emerson y los William James. En no muy tardado día podrá decirse, pues, del oro norteamericano lo mismo que se ha dicho «del oro acumulado por el mercantilismo de las repúblicas italianas, el cual pagó, según Paul de Saint Víctor, los gastos del Renacimiento».

Hacer patria, decíamos nosotros en